

Iniciación cristiana y *nueva evangelización*

Mons. Ricardo Blázquez Pérez

Arzobispo de Valladolid (España)

Introducción

La *nueva evangelización* formula y condensa una necesidad básica de la Iglesia en nuestro tiempo; para responder a este desafío hemos sido invitados reiteradamente por Juan Pablo II y Benedicto XVI. La *nueva evangelización* además de ser un quehacer hondamente sentido, está en camino; hay nuevas experiencias apostólicas que se mueven en esa órbita. En la Asamblea reciente del Sínodo de los Obispos fueron presentadas muchas iniciativas de Nueva Evangelización, unas veces por los iniciadores y otras por personas que las conocían teórica y prácticamente. En la presente encrucijada histórica de la misión cristiana tales experiencias son particularmente necesarias y alentadoras. Tengamos la confianza de que el Señor suscitará, va suscitando, personas, carismas y vías de evangelización, en las que se unen la fidelidad al mismo y único Evangelio y las expresiones más adaptadas a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

1. Catecumenado para la iniciación cristiana

Deseo unir en estas páginas la *nueva evangelización* —la evangelización en nuestro tiempo y en nuestras latitudes, según se viene definiendo y según se proyecta—, con la iniciación cristiana y el catecumenado, que el Concilio Vaticano II mandó fueran restaurados como efectivamente ha tenido lugar. ¿El método del catecumenado, que practicó la Iglesia antigua con diversas formas, no puede ser también actualmente, con las debidas modificaciones, el método de la *nueva evangelización*? La Iglesia católica dispone del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos (RICA) desde el año 1972, respondiendo al mandato conciliar. Las modalidades actuales de catecumenado pueden variar, con tal de que sea auténtico catecumenado sin extender abusivamente la palabra a realidades que no lo son. Por experiencia pastoral sabemos que si no hay continuidad en la participación de las personas en el grupo o comunidad, lo recibido ocasionalmente se diluye

pronto debido a la pluralidad de mensajes, con frecuencia contrarios a la fe cristiana, a que estamos sometidos. Y si no hay un proceso de formación básica, de catequesis, de celebraciones litúrgicas, de introducción en la vida cristiana y en la comunidad eclesial, no existe propiamente hablando catecumenado. En la formación cristiana deben unirse experiencia personal de Dios, conocimiento de la fe para dar razón de lo que creemos y esperamos, y amor al prójimo; es muy importante el ambiente cálido y festivo de las celebraciones, el hermanamiento diario de la fe y de la razón, la lectura creyente de la Sagrada Escritura y el estudio crítico de la misma; y el cuidado de los pobres como acreditación de la pertenencia a Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros (cf. 2 Cor 8, 9).

La necesidad del catecumenado, o al menos de una catequesis de impropria catecumenal, es una convicción generalizada; viene aconsejada, ya que en muchos lugares no podemos continuar dando por supuesta la fe en Dios y la pertenencia eclesial; faltan conocimientos de lo más elemental cristiano, hay un ambiente denso de indiferencia religiosa e incluso es negada la apertura a la trascendencia.

Podemos distinguir fácilmente tres clases de destinatarios de la *nueva evangelización* en nuestras latitudes. En primer lugar necesitamos todos nosotros un nuevo despertar de la fe a veces adormecida, alentar sobre las cenizas que la recubren ocultando su brasa, recibir nuevamente la alegría de creer (cf. Lc 1, 45; Jn 20, 29; Rom 15, 13), y ser ungidos por el Espíritu Santo para testificar al Señor con las palabras y las obras. Todos nosotros necesitamos la *nueva evangelización*, ser evangelizados de nuevo, encontrarnos con Jesucristo que es el Evangelio en persona.

Hay otro ámbito de destinatarios de la *nueva evangelización*, a saber, las generaciones que van llegando: niños, adolescentes y jóvenes. La *nueva evangelización* tiene que ver con la iniciación cristiana. Lo que hace algunos decenios era suficiente para transmitir la fe cristiana, ahora no basta, como la experiencia cotidiana nos enseña. Debemos darnos cuenta de la novedad de la situación para responder adecuadamente a sus retos con la ayuda del Señor que hará fecundos nuestros trabajos.

Hay un tercer grupo de personas, que sociológicamente hace unos años eran contadas pero que en la actualidad reflejan con probabilidad una postura bastante difundida; me refiero a los que se muestran religiosamente indiferentes, los displicentes con la misma fe o resentidos con la Iglesia, los que se encogen de hombros como si no fueran concernidos por la cuestión de Dios, quienes al parecer se desentienden de la fe y viven como si Dios no existiera y si existe no sería relevante para las cuestiones importantes, los

que se reconocen no creyentes o incluso ateos, actuando unas veces con respeto a la fe y otras de manera beligerante. En ocasiones se desearía imponer silencio sobre lo esencial, sobre Dios en la vida pública, como si no fuera pertinente en la sociedad secular. Hay personas que buscan a Dios, y según dicen no lo han encontrado todavía, otros que se han instalado en la finitud y en una actitud cerrada a la trascendencia. En todas estas clasificaciones debemos someter nuestro juicio a Dios, el único que conoce a quienes creen en Él y lo «buscan con sincero corazón» (Plegaria Eucarística IV). Nos acerquemos con respeto a todos. La fe vivida en un ambiente general sereno parece normal, pero cuanto más se manifiesta la indiferencia en relación con Dios, tanto más es estimada la fe en Él.

Yo me voy a ceñir a una forma concreta de catecumenado, nacido en el ámbito e impulso conciliares, fruto temprano del Concilio Vaticano II, que he tenido la oportunidad de conocer de cerca y de participar en él desde el año 1969. Me refiero al llamado Camino Neocatecumenal, que ha sido reconocido por el Papa como auténtico itinerario de formación católica. No hablo sólo de un proyecto sino de una realidad, poco a poco explicitada por los iniciadores en su identidad de catecumenado, que se ha extendido en los decenios que median entre el comienzo y el momento actual a miles de parroquias en numerosas diócesis de todo el mundo. Como todo ser vivo, empezó siendo una criatura pequeña y frágil, en maduración coherente con su intuición originaria, y atenta lealmente a las orientaciones de la Sede Apostólica. Nació en el inmediato postconcilio, en un ambiente de enorme ebullición y nacimiento de realidades nuevas. Por todas partes nacían iniciativas pastorales con el deseo de traducir a la vida de la Iglesia lo que el Concilio terminaba de enseñar, escuchando la voz del Espíritu en nuestro tiempo. Muchos obispos y presbíteros fueron conociéndolo, otorgándole su confianza, abriéndole espacio para la catequización. En aquellos años numerosas realidades surgieron, bastantes de las cuales se han quedado en el camino, otras en cambio han pervivido y se han consolidado. El paso del tiempo ha actuado como una criba de las propuestas de los iniciadores y la perseverancia de quienes comenzaron.

Por lo que se refiere al Camino Neocatecumenal podemos decir que se ha desplegado enteramente el recorrido del catecumenado, han participado y participan en él miles de personas, está presente en multitud de parroquias, ha sido escrutado eclesialmente y el Papa como Pastor de la Iglesia Universal lo ha reconocido e impulsado. La apertura al discernimiento de los pastores de la Iglesia, la defensa fiel al don que han recibido del Señor los iniciadores del Camino Neocatecumenal, los frutos en diversos órdenes

de la vida cristiana con que Dios lo ha bendecido, han acreditado su autenticidad. El reconocimiento de los carismas no impide recordar que también los dones de Dios a la Iglesia están marcados por la limitación, mientras peregrinamos en la historia.

Permítaseme recordar tres momentos de la vida de San Agustín en que experimentó existencialmente lo que él llamó signos de la «humildad del Verbo». En primer lugar su conversión a la fe cristiana vivida en la Iglesia fue la superación de un tipo de espíritu distinguido que no se atrevía a unirse a la plebe de Dios. Cuando más tarde recibió el ministerio sacerdotal como presbítero y como obispo tuvo que ahondar en la misión de nuestro Señor Jesucristo que vino no para ser servido sino para servir y para entregar su vida como rescate por todos (cf. *Mc* 10,45). Y en la madurez cristiana va a comprender cómo, sin ceder a la mediocridad, hay una permanente debilidad en todo cristiano que impide ser presentado como modelo acabado de la pertenencia a Jesucristo Cabeza de la Iglesia. La experiencia frágil se une con la gran esperanza. Los cristianos anunciamos no tanto nuestra experiencia personal cuanto la esperanza fundada en la promesa de Dios. La grandeza de la vocación cristiana se une diariamente con la pequeñez de la respuesta de los cristianos. Por este motivo no podemos apelar al testimonio personal para avalar inequívocamente la verdad del Evangelio.

Desde finales del año 1969 hasta mediados del año 1988, en que recibí la ordenación episcopal, pude participar asiduamente en una comunidad del Camino Neocatecumenal, en diversas ciudades. Desde pronto me di cuenta de que el catecumenado era para mí una escuela en tres órdenes, a saber, como catecúmeno como presbítero y como dedicado a la teología. En primer lugar debía participar como catecúmeno, sin reducirme a prestar un servicio pastoral a la comunidad; ser hermano con otros hermanos me situaba en el plano del catecumenado postbautismal, que yo debía recorrer también. Obviamente yo era presbítero, que en nombre del Señor presidía una comunidad de hermanos en el itinerario de la fe; por ello, me acompañaba también la preocupación de conocer realidades cristianas que podían prestar un servicio pastoral en la renovación de la Iglesia de cara al futuro. Por fin, durante mucho tiempo el cultivo de la teología ha sido mi personal vocación y el encargo de la Iglesia; durante catorce años fui profesor de teología dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Uniendo las diversas perspectivas, escribí un libro sobre el discernimiento teológico de las comunidades neocatecumenales que fue muy difundido y traducido a muchas lenguas.

Debo reconocer que fue una tarea apasionante establecer la conexión entre lo que escuchaba y veía en el Camino Neocatecumenal y lo que conocía por el estudio de la teología; por vías diferentes me encontraba con la misma realidad enseñada, creída, celebrada y vivida; en algunos casos descubrir la identidad del contenido en la diversidad de lenguajes requirió cierto tiempo. Me resultó necesario y atrayente establecer la relación entre el lenguaje catequético, carismático y celebrativo del Camino Neocatecumenal. Pude observar con sorpresa cómo las personas empezaban a caminar, cómo se iba formando la comunidad de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, antes desconocidos y dispersos, cómo las catequisis —una serie al comienzo, otras en visitas periódicas u ocasionales, o en los “pasos” específicos del catecumenado— estaban teológicamente bien centradas, en honda sintonía con el Concilio Vaticano II, con una fuerte impronta paulina, caracterizadas por un vigoroso acento *kerigmático* (el anuncio de la victoria de Jesús resucitado sobre la muerte y el pecado es el centro cf. 1 Cor 15, 1 y ss.), con una permanente interpelación vivencial. Aprecié al mismo tiempo una teología católicamente fiel y actualizada; las celebraciones sacramentales respondían a la fe de la Iglesia, eran vivamente participadas, poseían creatividad, dignidad y belleza. Unían fidelidad cristiana y elocuencia artística de los signos. Iba apareciendo un catecumenado para la iniciación cristiana de adultos que unía con fidelidad a la historia y originalidad el catecumenado de los siglos primeros de la Iglesia y la respuesta a la situación de los hombres de hoy. Merece la pena estudiar en esta clave de convergencia del ayer y del hoy las catequisis de los diferentes “pasos” y “ritos”. La vida de las personas es iluminada y regenerada por el anuncio de Jesús muerto y resucitado en forma de predicación y en forma de celebración. La Iglesia como madre va gestando a los hijos en el catecumenado para la iniciación cristiana.

2. El Camino Neocatecumenal y la *nueva evangelización*

Subrayo a continuación algunos aspectos más relevantes del Camino Neocatecumenal como iniciación cristiana para la *nueva evangelización*.

1) Se crea entre persona y comunidad una interacción vital para recibir, compartir, crecer y transmitir la fe. Nace en los miembros el sentido de la Iglesia a partir de la experiencia vivida en la comunidad cristiana, donde, dadas las dimensiones pequeñas, no es posible la evasión en el anonimato. Comienzan a percibir la Iglesia no como una realidad exterior o de pertenencia general, sino como una experiencia interior ya que les va naciendo la Iglesia dentro. Cada uno puede verificar que la fe cristiana es insepara-

blemente personal y eclesial. En la situación actual somos conscientes de que un cristiano necesita la comunidad como apoyo y ámbito vital de la fe, ya que el ambiente social y cultural no es propicio; más aún, es indiferente y hostil. La vida de los cristianos en comunidad crea una profunda fraternidad, también en aspectos sociales y comunicación cristiana de bienes. El testimonio del Señor que se otorgan unos a otros es decisivo para la perseverancia de las personas y para la vitalidad de la comunidad. El equilibrio humano y cristiano de los presbíteros y la dedicación generosa a su ministerio pastoral recibe una ayuda muy eficaz si puede contar con una comunidad concreta, donde es acogido y sostenido fraternalmente.

2) La experiencia avala que en el Camino Neocatecumenal son transmitidas y asimiladas personalmente las realidades fundamentales de la Iglesia: El credo, los mandamientos de Dios con el espíritu del sermón del monte, la oración del Padre Nuestro y de los Salmos, las celebraciones sacramentales de la Iglesia, sobre todo de la Eucaristía y la Penitencia, la dimensión apostólica de la vida cristiana. No se inicia en aspectos particulares, complementarios o devocionales, sino en las realidades básicas de la fe, que actualmente en nuestro mundo ya no podemos sin más suponer. La educación anterior, que garantizaba la formación cristiana desde la familia y la escuela, era suficiente en un ambiente impregnado religiosamente, pero en la actualidad con la intensa secularización general y con la pluralidad ideológica y religiosa, ha mostrado su insuficiencia. El Catecismo de la Iglesia Católica es conocido a través de las catequesis que se imparten en este itinerario de maduración cristiana; las cuatro partes del Catecismo son los cuatro pilares que desde los primeros siglos de la Iglesia sostienen su edificación. Aspectos como el reconocimiento y el perdón de los pecados, la obediencia a la autoridad de la Iglesia, la transmisión generosa de la vida, la esperanza en la vida eterna, ocupan en el camino Neocatecumenal el lugar que les corresponde en la vida y doctrina de la Iglesia. Es un catecumenado postbautismal para la mayor parte de los participantes, que por él descubren o redescubren el sentido del bautismo ya recibido. A través del catecumenado, quienes escuchan el *kerigma* van recibiendo el símbolo de la fe, son iniciados en la oración y en la forma cristiana de vivir, entran y son acogidos en la Iglesia presente en la comunidad cristiana pequeña.

3) La celebración de la Liturgia en las lenguas vernáculas ha dejado al descubierto la escasa formación bíblica del pueblo cristiano; en la extrañeza del latín se ocultaba la distancia de la Sagrada Escritura. En el Camino Neocatecumenal, desde el principio, la Sagrada Escritura es compañía inseparable de los catecúmenos y de la comunidad. De formas distintas, con

procedimientos variados, la Palabra de Dios es escuchada, leída y celebrada. A la luz de Jesucristo se accede al sentido de la Escritura; en sus páginas el catecúmeno aprende a interpretar también su propia existencia. La celebración de la Eucaristía y la proclamación de la Palabra de Dios se refuerzan mutuamente; a esta doble mesa son invitados y se sientan semanalmente los catecúmenos. Inversamente, la celebración eucarística se resiente de la deficiente formación bíblica. La evangelización requiere que se unan Palabra de Dios, Sacramentos y vida cristiana.

4) Dentro de la Iglesia, que es la “convocación” de Dios y la “patria” de todas las vocaciones, siguiendo el camino de la fe cristiana que va poco a poco arraigando, madurando y creciendo, cada persona descubre su vocación específica: Al matrimonio cristiano, al ministerio presbiteral, a la vida religiosa contemplativa y apostólica, a ser catequista itinerante, a ser familia en misión, etc. La experiencia muestra la rica fecundidad del Camino Neocatecumenal en vocaciones sacerdotales y religiosas; además de que muchos sacerdotes y matrimonios han redescubierto y reavivado con un gozo nuevo su vocación anterior.

En el Camino Neocatecumenal no se empieza hablando de la excelencia y de la necesidad de las vocaciones específicas. Es un dato acreditado en la vida de miles de comunidades que recorriendo el catecúmeno el camino de la fe y de la conversión a Dios, cultivando la vocación bautismal, reconociendo y confesando los pecados, dentro de este itinerario se plantea su propia vocación específica de cristiano esposo o esposa, de cristiano presbítero, de cristiano consagrado, de cristiano catequista misionero. Lo que termino de decir no es una programación estratégica pastoral, sino verificación reiterada. Se comprende fácilmente que sin una cierta madurez de la vocación cristiana no surjan las vocaciones especiales. Conviviendo con el Señor en el recorrido de la lectura orante de la Sagrada Escritura, de la celebración de los Sacramentos y de la Palabra de Dios, en la vida en comunidad, Jesús comienza a invitar más en concreto a cada persona. Sin la base cristiana los esfuerzos vocacionales serían superficiales y en gran parte estériles. Esta constatación es muy importante para la pastoral vocacional; de hecho entre nosotros, donde ha arraigado más vigorosamente el Camino Neocatecumenal, es mayor el número de vocaciones específicas. Esta observación es probablemente válida también a propósito de otras asociaciones y comunidades cristianas.

5) Es digno de ser subrayado el celo apostólico y misionero que va prendiendo como un fuego en los miembros de la comunidad neocatecumenal; se comprende cristianamente que sea de esta manera, ya que la vo-

cación cristiana es por su misma naturaleza vocación al apostolado. La vida interior de cada catecúmeno maduro y de cada comunidad se convierte en misionera, no como un añadido opcional sino como ingrediente de su identidad; no son comunidades cerradas en sí mismas, sino abiertas por la comunión eclesial y el celo apostólico. El sumario de los Hechos de los Apóstoles 2, 42: «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» no es un simple ideal referido a la comunidad neocatecumenal que haya alcanzado una cierta madurez; es una realidad perceptible. Si podemos decir que la *nueva evangelización* es irrealizable sin nuevos evangelizadores, el Camino Neocatecumenal es una red para la nueva evangelización y una forja incesante de nuevos evangelizadores.

Hay un manojo de actitudes claramente manifestadas, por ejemplo, en los catequistas itinerantes que caracterizan su dinamismo apostólico: El amor a Jesucristo por quien entregan la vida (cf. Mt 10, 39), la persuasión de que los hombres necesitan la salvación y ocultamente claman por ella, la confianza en la providencia de Dios que cuida a quienes son enviados en su Nombre, la oración apostólica, la *parresía*, que significa valor, franqueza, confianza, intrepidez...

Como muestra ejemplarmente San Pablo, los apóstoles participan en los trabajos, gozos y sufrimientos por el Evangelio. Mantienen una comunión misionera con los iniciadores del Camino Neocatecumenal y con la comunidad de la que proceden; con el obispo que los envía y con el que los recibe en su Diócesis. En la vida del apóstol acontece existencialmente el misterio de muerte y victoria de Jesús: «Llevamos siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor 4, 10). El Evangelio de la muerte y resurrección del Señor se proclama no sólo por la predicación, seguimiento y celebraciones sacramentales sino también a través de la vida de los apóstoles, de los catequistas itinerantes, de las “familias en misión”, que en muchos lugares distantes y distintos son como un grito del poder de la gracia de Dios y de la confianza de los hombres y mujeres en sus promesas. Son apóstoles radicales, es decir, que van a la misma raíz, de la *nueva evangelización*. La paradoja que Pablo experimentó se actualiza con elocuencia admirable en los misioneros de hoy: «Vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 10).

La *nueva evangelización* necesita nuevos evangelizadores. Las siguientes características forman seguramente parte del perfil del evangelizador en

nuestro tiempo: el encuentro personal con Jesucristo reavivado diariamente en la oración; respeto a la conciencia de las personas con la renuncia nítida a todo proselitismo; la gratitud personal a Dios por la fe nos hace servidores humildes, valientes y transparentes del Evangelio; el amor a las personas exige a veces atrevimiento para interpelarlas a fin de que no se engañen y no se refugien en pretextos, silenciando lo que realmente busca su corazón. El cuidado de los necesitados abre los ojos del corazón para ver a Dios más fácilmente en los ambientes secularizados de nuestra sociedad.

6) El Camino Neocatecumenal ha arraigado más en ciudades que en pueblos pequeños, al menos entre nosotros. Quienes han padecido más existencialmente la pérdida de Dios, han experimentado más vivamente la gracia del encuentro; quienes han saboreado más la amargura destructiva del pecado, han gozado más intensamente la nueva vida recibida. La irradiación del Camino Neocatecumenal no termina en los que participan como miembros de una comunidad; repercute también en el entorno familiar, parroquial, diocesano, social. Merece ser recordada la reconstrucción de numerosos matrimonios en crisis, la transmisión generosa de la vida, la educación cristiana de los hijos. Cuando en familias cristianas de siempre con demasiada frecuencia los hijos no asumen la antorcha de la fe, es una experiencia gozosa participar en una celebración doméstica en que los padres catequizan a sus hijos, y éstos van participando desde pequeños en la Iglesia doméstica que es su familia. Esta realidad de la transmisión de la fe en el seno de la familia es una escuela de nueva evangelización ya en el presente y en perspectiva de futuro, como ha subrayado el último Sínodo de los Obispos.

Conclusión

Termino con la siguiente observación: Las personas que han participado durante bastante tiempo en una comunidad y han realizado diversos “pasos”, tienen la confianza de haber hallado, en medio de la inclemencia de nuestro tiempo, una forma de ser y vivir en cristiano que hace frente a la insuficiencia que experimentaba con la educación anterior y a los desafíos actuales de nuestra cultura. Deja de ser “residuo” de un pasado para formar parte de un “resto” con promesas de futuro.

He intentado, siguiendo de cerca el Camino Neocatecumenal, presentar no un proyecto, sino una realidad existente de *nueva evangelización*, y más en concreto, la conexión entre iniciación cristiana y *nueva evangelización*.